

Anibal Plazas Barreiro



Emilio Alfaro
Corazón de Pájaro



Aníbal Plazas Barreiro

Emilio Alfaro
Corazón de Pájaro



Bogotá, abril de 2013

Primera Edición
Título: Emilio Alfaro Corazón de Pájaro
© Aníbal Plazas Barreiro / Autor.
Bogotá - 2013

© E-ditorial 531 / Editor
Bogotá D.C. - Colombia - 2013
Calle 163b N° 50 - 32
Celular: 317 383 1173
E-mail: info@editorial531.com
Web: www.editorial531.com
ISBN: 978-958-57403-6-5

Corrección de estilo
Clara Inés Giraldo Mejía

Ilustración y diseño de portada
WarDesign (SaintCat & Perversa)
Alfonso Carrillo R

Este libro se imprimió en papel 100% ecológico.

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o retransmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, impreso, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Impreso en Colombia por Kimpres S.A

El autor y su obra

Aníbal Plazas Barreiro, nació el 29 de agosto de 1960 en Campoalegre, Huila, pero vive en Neiva hace treinta años. En 1991 se recibió como licenciado en Lingüística y Literatura en la Universidad Surcolombiana y se desempeña como catedrático en esta misma así como tallerista del Banco de la República. Ejerce la docencia con misma honestidad y pasión que la lectura y la escritura. El trabajo cotidiano con niños y jóvenes se ha convertido en las fuentes reales de su creación.

Emilio Alfaro quiere ser médico de pájaros, los entiende, los escucha, los protege, solo le falta saber cómo curarlos. El doctor Do Chi Mi, especialista en medicina pajaril, le enseña cómo hacerlo en Emilio Alfaro Corazón de Pájaro, el primer libro de la saga de este personaje. La capacidad de Emilio para comunicarse con ellas y un arma infalible son sus únicos recursos para encontrar el camino de regreso.

Además de Emilio Alfaro Corazón de Pájaro, Aníbal Plazas también publicó la novela El bosque de los susurros con E-ditorial 531.

Emilio Alfaro
Corazón de Pájaro

E milio amaba la naturaleza, amaba los animales y en especial los pájaros. Soñaba con ser un gran médico, pero de pájaros. Sufría cuando una plumífera le contaba sus dolores, porque no podía curarlos.

Ese deseo se hacía más agudo cuando en el inmenso patio de su casa escuchaba el pregón triste de un ave de paso, o cuando caían heridos en el huerto o en la calle por la mano indolente de los hombres.

“Los pájaros lloran”, pensaba el niño. Entonces hubiera querido salir a su encuentro, para curar sus heridas y escuchar sus quejas. Desde su cuarto, él podía identificar una torcaza juguetona comiendo en el patio, el canto de un gorrión distante, el canario y las mirlas en los naranjos con su música de orquesta, el carpintero con su pico labrador, el colibrí degustando el néctar ámbar de las rosas y a cuanto pájaro se posara en los grandes árboles del patio de su casa.

Era inmenso, tenía muchos árboles frutales que brindaban abrigo y alimento a la profusa bandada de pájaros silvestres que llegaban a calmar la sed con agua de panela o a saborear el azúcar que Emilio dejaba en sitios estratégicos.

Emilio no le había confiado a nadie su secreto, ni siquiera a sus papás: Miguel, alfarero de profesión y Ángela Edelmira, modista y costurera de ilusiones. Ella tejía colchas hermosas, en las que bordaba pájaros exóticos en bosques azules o casitas en jardines de esmeralda, a las que sólo se puede llegar si se tiene corazón de pájaro.

El papá tenía un taller en la plaza. Allí fabricaba vasijas grandes y pequeñas, y en cuanto a las formas, las aves eran su predilección. Resultaban exquisitas a los ojos de los habitantes del pueblo y de los forasteros, y se habían convertido en la fauna que adornaba los pasillos de las casonas antiguas.

Muchas veces sintió la tentación de contarle el secreto a su amigo Diego León, un niño pálido y flaco que vivía con su abuela Ana Francisca, en la casa de madera, detrás del patio de Emilio.

Diego León era su mejor y único amigo, pero las palabras no le salían de la boca para decirle que quería aprender la medicina de las aves, para curar sus heridas, aliviar sus tristezas, reírse con ellas de la vida.

En las tardes, el mundo fantástico del patio, los verdes, amarillos, rojos y violetas se parecían a los colores de una selva amazónica. A Emilio le gustaba ver esos focos de luz regados en el suelo y el desfile de las hormigas que buscaban alimento para el invierno. En ese paraíso, todo le hablaba, todos le contaban sus más íntimos secretos: el aire delicado, azul celeste, inexplicable; las flores que acariciaban todo en el verde limón; el sol, amarillo oro; el cielo de un azul lila, en el que corrían apresurados, el amarillo, el rojo y el verde cantando como una orquesta sinfónica.

En el patio de las maravillas había muchos árboles y muchos nidos que no dejaban de sonreír. Allí estaba el nido de José el carpintero, aparecía de repente, de la nada. Unas veces mostraba sus ojos, otras sólo su cola. En cada árbol tenía su agujero. Además, estaba el nido de Ñoña la torcaza, Rin Rin el azulejo, Daniel el copetón, Leonor la mirla. Y así, iban apareciendo las aves habitantes de aquel bosque, cada una con su nido y su nombre.

Una tarde, después de terminar sus tareas, Emilio revisó con la mirada los rincones del patio. Había un silencio insólito, las aves acostumbradas a revolotear sobre su cabeza y a posarse en sus hombros para contarle algún secreto, extrañamente, ese día no lo habían hecho.

—Qué raro, es muy temprano y ya no hay agua de panela ni azúcar. ¿Por qué habrán comido tanto? y ¿dónde estarán todos los pájaros?

Todos los ojitos del bosque, de infinitos colores, observaban atentos los movimientos de Emilio. De repente, un rayo de luz se posó en su hombro. Se asustó un poco, pero a la vez se sorprendió por el brillo de los colores.

Había más silencio que en su salón cuando entraba la profesora Capullo, hasta que Dartagnán el tucán, le habló con fluidez magistral:

—Emilio, se acabó la paz en este bosque —le dijo pegándole el pico a la oreja.

—¿Por qué, Dartagnán?

—Están pasando cosas raras, muy raras. No sé qué será. —Se veía preocupado.

—Los pájaros actúan como los hombres, comen y comen y no se llenan.

—¿Será alguna peste?

—No sé, pero después que prueban comida de este bosque, se comportan de manera extraña.

—¿Cómo?

—Amontonan y amontonan comida en su propio nido, la quieren guardar toda para ellos solos. Se olvidaron de compartir, a veces comen tanto que la indigestión los mata y, por si fuera poco, se pelean... y entre ellos mismos se están matando.

—¡Eso no puede ser!

—Yo también creía eso, Emilio, pero mira, ahí está el ejemplo. Sebastián y Aurelio están peleados desde esta mañana.

—¿Y eso por qué? —preguntó el niño.

—Porque los dos están enamorados de Pili.

—¿La azulejita?

—Sí, se han vuelto posesivos, todo lo quieren tener, incluso a otros pájaros —dijo el plumífero desconsolado.

—Tenemos que encontrar una solución, porque de lo contrario este bosque de aves desaparecerá.

Dartagnán alzó el vuelo hacia donde se oía la pelea. Emilio lo siguió. Los dos pájaros parecían gallos finos, suspendidos en el aire.

—Disculpen, ¿podemos hablar? — preguntó Emilio.

—No hay nada de qué hablar. Este gallinazo le está coqueteando a mi novia, y eso no se lo permito —dijo Sebastián.

—Pili es mi novia. Y más gallinazo serás tú —respondió Aurelio.

—¿Quién se cree usted que es? No se busque un picotazo.

—Atrévete —gritó Aurelio, verde de la ira.

Emilio quedó estupefacto. Miró a su alrededor y nada era igual. La luz se había esfumado, las hormigas se habían escondido, el cielo estaba oscuro y los colores, grises.

—Paz, amigos —dijo Emilio —hay que dar buen ejemplo. Busquemos una solución.

Pero ninguno le puso atención y continuaron la pelea. Se veían muy cansados, y más pronto de lo que el niño pensó, Aurelio se fue a pique contra el suelo del patio.

—Este bosque está plagado de la peste de los hombres —sentenció Dartagnán.

—Hay que encontrar una solución, ¡urgente!

—Emilio, alguna vez usted me dijo que quería ser médico de pájaros...

—Sí, ¿y?

—Que esta es la oportunidad. Y debe ser rápido porque, a este paso, en una semana ya no habrá aves en este bosque —y de inmediato alzó el vuelo y se alejó.

Emilio se quedó pensando, hasta que oyó la voz de su mamá llamándolo desde el fondo de la casa.

En el colegio de Emilio, las clases empezaban a las siete de la mañana. Él había llegado muy puntual, le bastó una ojeada para cerciorarse que Diego León no estaba.

Era un colegio pequeño, de corredores estrechos, pero con unos jardines espléndidos y un gran campo deportivo rodeado por árboles frutales; ese siempre había sido el sitio preferido de Emilio y Diego León en el recreo. “Debo contarle el secreto a Diego León”, pensó Emilio.

En ese momento entró la profesora Rosabel Capullo, con su abundante cabellera color carbón, envuelta en una chipa. Aunque era pequeña y tenía voz dulce, era una mujer muy estricta.

—Buenos días, niños —sus labios dibujaron una gran sonrisa.

—Buenos días, profesora Capullito — saludaron en coro.

—¿Alguien sabe qué pasó con Diego León?

—Amaneció enfermo de una muela —dijo la voz desteñida de Pastorcita.

—De pie —ordenó Capullito—.

Haremos la oración de hoy para que Diego León se recupere y vuelva pronto a clases. Pastorcita dirigió la oración, hizo la señal de la cruz sobre su cuerpo y se dirigió nuevamente a su sitio.

Bueno niños —dijo la profesora —Hoy haremos un viaje fantástico por el mundo de la naturaleza. Dejen sus cuadernos, lápices de colores y vamos al patio.

En el salón estalló la fiesta y la piñata era el aire libre, la multiplicidad de los colores, de los pájaros, mariposas, flores, árboles, el sol...

Ciencias Naturales era la asignatura preferida de Emilio Alfaro, por eso sonrió como luna menguante. La profesora Capullito los llevó de paseo. Visitaron el jardín de rosas espléndidas, amarillas, blancas, rojas; el arcoíris natural que los ojos de Emilio y de Diego León disfrutaban a la hora del recreo. Luego fueron al bosque donde los pájaros les contaron sus penas.

Ese día escuchó la queja de Félix, el cucaracho que de vez en vez se deslizaba por entre las tejas y entraba en su salón para saludar con aletazos vivos a Emilio y sus compañeros. Esta vez no tuvo que hacerlo.

—Sus amiguitos aún no han aprendido a cuidar la naturaleza —le gorjeó muy quedo Félix a Emilio.

—¿Por qué lo dices, Félix?

—Ayer, en el recreo, algunos de sus compañeros nos dieron pedradas.

—¿Cómo así? —interrogó preocupado—. Eso no puede ser, ahora mismo hablaré con la profesora Capullito.

Félix se alejó en un abrir y volar de pájaro. Emilio se quedó pensativo: ¿cómo hacer para que la profesora convenciera a sus compañeros de la importancia de la naturaleza para el hombre?

El recorrido continuó, pasaron por el bosque y observaron los chorros de luz que se pasaban por entre las ramas de los árboles, frondosos y corpulentos, testigos de aquella gran excursión de risas y alegrías, sus voces confundidas constantemente con el sonido del riachuelo; el canto de los pájaros; y la risa del viento jugueteando con los largos cabellos de las niñas.

El riachuelo corría apacible, como queriéndose detener para jugar a la ronda con los niños. En ese instante, una piedra pequeña hizo ¡ploc! y marcó una gran onda que se confundió en las orillas, y un ave pequeña cayó en los pies de Silvia Estela, la niña de sonrisa de limón.

La niña la tomó en las manos y se cercioró que tenía un ala rota. Se acercó a la profesora. Emilio, como un rayo, se agachó en la fuente, tomó un poco de agua con su mano y se la acercó al pico del ave. Los niños se amontonaron a observar, todos querían participar del espectáculo.

—Así como ustedes tienen derecho de vivir, esta ave también —sentenció la profesora.

Emilio se sintió feliz porque su pensamiento había traspasado las fronteras de su corazón y se aventuró a decir:

—Cuando las personas matan un pájaro, le están matando el alma a un niño.

Los niños lo miraron con cara de sorpresa. Emilio tomó el bultito y limpió con sumo cuidado la sangre que había manado del ala.

Mientras tanto, la profesora invitaba los niños a que cuidaran la naturaleza, sus palabras eran poesía:

—Reciclar papel es salvar la vida de un bosque. Un bosque bien cuidado nos brinda un aire limpio. Y un aire limpio es el agradecimiento de un pájaro.

—Ojalá pensáramos más con el corazón —dijo Emilio emocionado con las palabras de la profesora Capullito.

Esperamos que haya disfrutado esta muestra de *Emilio Alfaro corazón de pájaro* del escritor colombiano *Aníbal Plazas Barreiro*. Lo invitamos a que comparta y difunda esta muestra, logrando así que la lectura sea una forma de entretenimiento masivo. Igualmente, si quiere conocer la obra completa haga clic aquí.

